

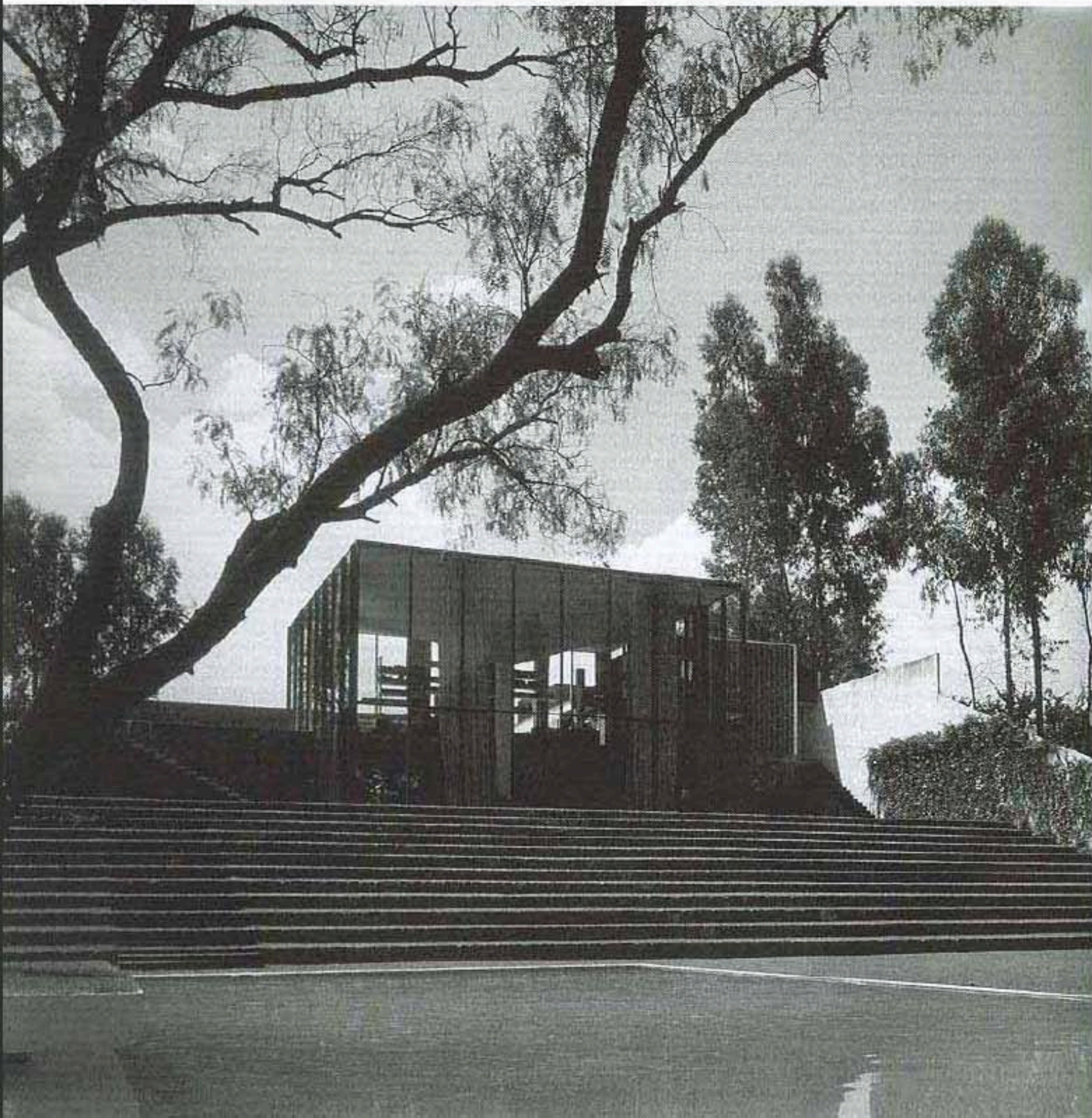
Jaime Ortiz Monasterio /

Lourdes Cruz

Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios
de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, UNAM

Texto leído en la Exposición-Homenaje que le rindió la Facultad de Arquitectura, UNAM, en mayo de 2002.

Casa Las Flores 502, 1958.



Jaime Ortiz Monasterio fue un ejemplo fiel de entrega a su profesión; también de lo que significa sentir y disfrutar la vida en torno a su gran pasión: la arquitectura.

Perteneció a una generación que vio crecer a un México lleno de esperanzas. Tuvo compañeros destacados que, como él, egresaron de la Escuela Nacional de Arquitectura para realizar oficinas, casas habitación o edificios industriales; ante ellos se abría una gama inmensa de géneros arquitectónicos. Las vanguardias internacionales eran asimiladas por los arquitectos mexicanos, el ímpetu de la modernidad a mediados del siglo XX se transformaba en edificios acristalados, modulados, trazados con una rigurosa geometría, de acuerdo con las enseñanzas escolares y los cánones establecidos por los paradigmas de la arquitectura de aquellos años. Ortiz Monasterio comenzó su vida profesional imbuido de ese espíritu y se empeñó en ser uno de los mejores, como lo demuestra el edificio de Banca Cremi en Reforma. Seguidor de Mies van der Rohe, trabajó solo y asociado con otros colegas, Juan Sordo Madaleno y Ricardo de Robina, principalmente. Solo, o con ellos, ganó numerosos premios, concursos y distinciones; experiencias acumuladas que asimiló y transformó paulatinamente en un camino propio y singular.

Desde su tesis profesional, el tema de las techumbres se manifestó como una de sus principales inquietudes. Fue admirador y amigo de Félix Candela; le entusiasmaban sus cascarones de concreto y la expresividad plástica que con ellos se lograba; experimentó con ellos exitosamente en el área industrial, y transportó esa manera de contener el espacio a una residencia en la calle Flores 502, misma que se convirtió en una de sus mejores obras y que ha representado a la arquitectura mexicana en varias publicaciones.

Con los años, este entusiasmo se transformó en búsqueda. Una búsqueda por encontrar un lenguaje que lo satisficiera, que fuera a la par de sus lecturas, de las poesías que, día con día, nutrían su vida; quería encontrar una forma coherente de expresar su admiración y respeto por la naturaleza. Al igual que algunos de sus compañeros arquitectos, Jaime Ortiz Monasterio se cuestionó profundamente hacia dónde seguir ante un lenguaje formal que se agotaba; pero fueron contados los que encontraron respuesta a esa incertidumbre.

Varios factores marcaron su camino; uno de ellos fue la inquietud que le despertaban aquellos cascarones de concreto. Se preguntaba: "¿Por qué toda esa estructura de madera que se usaba como cimbra para hacer esas fantásticas estructuras de concreto se tiraba después de dos o tres veces de usarla? ¿Por qué no hacer trabajar a la madera por sí sola?" A su vez, confesó en una ocasión que para él fue determinante



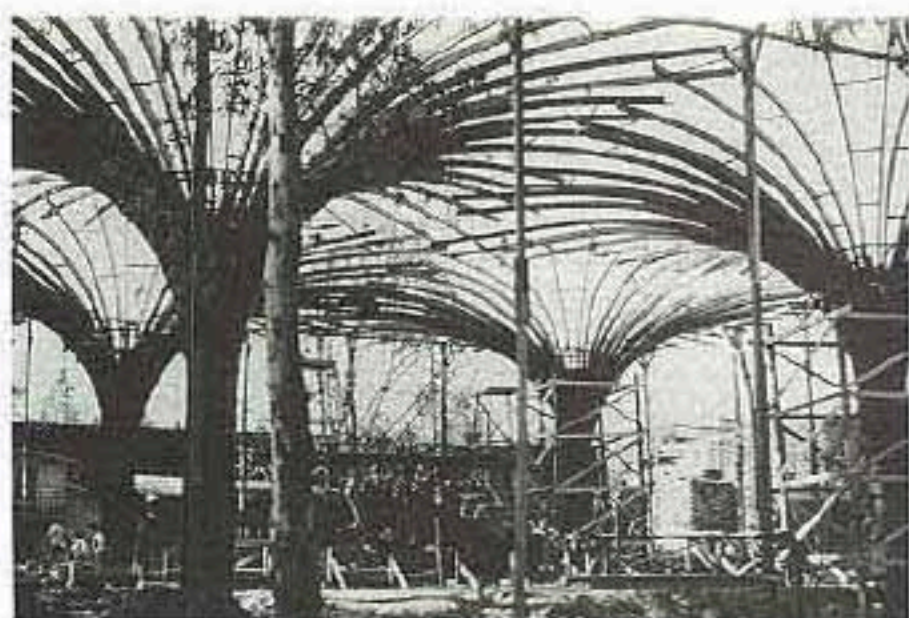
Jaime Ortiz Monasterio.

conocer el Auditorio 5 de Mayo en Puebla, del arquitecto Abraham Zabludovsky y del ingeniero civil Federico Martínez de Hoyos; la cubierta de cincuenta metros de claro de madera laminada lo impactó profundamente.

A estos acontecimientos se sumaba su apasionada admiración y la fijación que desde niño le provocaron los árboles: "por su belleza estructural, el cómo inventa sus ramas... estructura que se opone al viento, al agua", expresaba con vehemencia. También la fuerza y lo imperecedero de la arquitectura religiosa, en especial el gótico, que desde siempre llamó su atención, se sumaría a las experiencias que Ortiz Monasterio necesitaba para convertirse en uno de los pioneros y principales exponentes de las estructuras de madera laminada como generadoras del espacio arquitectónico.

Así apareció el primer experimento, como él lo llamaba. Fue su hermano, el doctor Fernando Ortiz Monasterio, con quien compartió la aventura: el doctor confió en él y juntos vieron con entusiasmo cómo el paraguas de madera laminada de pino, cubría la estancia y la biblioteca de la casa en Magnolia 38, un espacio singular, protagonista de fotografías y de interrogantes.

Después vendría la historia de su propia casa, lugar ideal donde podría realizar su gran proyecto: cuatro paraguas de madera laminada de caoba, cubrirían más de quinientos metros cuadrados; en el punto de reunión de estos elementos estructurales se abriría un "solarium" que sería el corazón de la casa de su familia. Una casa inconclusa, llena de anécdotas e historias, como su dueño. Los cuatro paraguas se volvieron itinerantes, porque una de las ventajas de la madera laminada es que es recuperable, se monta y se desmonta.



Casa Las Flores 538, 1979.



Casa Yazbeck, Valle de Bravo, 1981-1985. Foto: Lourdes Cruz.

Transportó su admiración por los árboles a la realidad en una de sus mejores obras: la casa para la escultora Charlotte Yazbeck, en Valle de Bravo. En pleno vigor creativo, la escultora quería una casa estudio y le confió a su amigo la creación de este espacio. Lugar mágico, sorprendente y subyugante que se levanta en medio de la montaña, se asoma entre las copas de los árboles y permite disfrutar de la vista privilegiada del lago y las puestas de sol. Un muro de concreto armado revestido de piedra, que funciona como una gran quilla, contiene la alberca. A los lados se elevan dos grandes columnas de concreto y ladrillo, una contiene la escalera y la otra el elevador panorámico; en la parte superior estallan en ramas de madera laminada y conectores metálicos para formar las terrazas de la alberca. La casa, solucionada a partir de hexágonos y triángulos, es protegida por una cubierta de doble curvatura de madera laminada que se funde, por un lado, con la montaña y, por el otro, vuela hacia la alberca. Hay obras que dejan huella, que marcan definitivamente la personalidad de un arquitecto; la casa Yazbeck es una de ellas.

Numerosos proyectos recorren su currículum; la exposición dedicada a su obra da cuenta de gran parte de ellos: oficinas, iglesias, hoteles, fábricas, remodelaciones y los edificios para la Facultad de Química son algunos. Pero, sin duda, el género habitacional ocupa un lugar primordial en el cual no se podría dejar de mencionar una de sus obras favoritas: el conjunto en Tepoztlán. En él llevó a cabo con sabiduría lo que invariablemente aconsejaba: "hay que escuchar lo que te habla el terreno", y así lo hizo. Logró su propósito, "no ser un intruso en el paisaje". Realizó la obra con la tierra que la contenía; con base en movimientos de tierra, extrajo el barro de la barda del conjunto y de las otras construcciones. Los techos de madera y teja, los taludes de pasto, la vegetación, y el Tepozteco, se funden en un paisaje maravilloso.

A través de la lectura de la obra de Ortiz Monasterio se revela su proceso creador como parte indiscutible de la historia de la arquitectura contemporánea mexicana; sin duda, ocupa un lugar singular, lleno de sorpresas y ávido de lecturas. Además de su etapa inicial apegada al racionalismo, y de sus aportaciones en el campo de la madera laminada, cabe resaltar su labor en el campo de la restauración. Su vasta cultura y su inclinación a la historia lo llevaron a participar en restauraciones de edificios históricos de gran trascendencia, pero su inquietud fue más allá, se extendió hacia su ciudad.

El Distrito Federal fue un tema que siempre le interesó y le preocupó, pero en los últimos años de su vida fue decisivo, ocupó gran parte de su tiempo, de su mente y de su energía. El cómo mejorarla se convirtió en uno de sus propósitos más firmes. El deterioro progresivo de sus calles, el abandono de algunos lugares de interés histórico y el caos urbano provoca-

do por el tráfico lo motivaron a pensar en propuestas precisas, mismas que pudo desarrollar ampliamente para un concurso internacional convocado en 1996 por la Unión Internacional de Arquitectos. En este certamen se llevó las palmas; obtuvo el primer lugar por la propuesta de revitalización de la manzana donde se localizan el antiguo convento e iglesia de San Francisco y la Torre Latinoamericana; aventura que comenzó años atrás con la remodelación de la pastelería Ideal, ubicada en ese lugar. Su propuesta cumplía con los requerimientos del concurso: una gran calidad en los planteamientos tanto físicos como sociales y una clara factibilidad económica y técnica, entre otros. Su preocupación de armonizar el presente y el pasado no sólo estaba impresa en el papel, llevaba varios años entrevistándose con los interesados y luchando para que se llevara a cabo. Este es un sueño que sigue latente, en espera de ser concretado.

Su querido barrio San Ángel le valió en este mismo concurso la mención honorífica. Su interés por el rescate de la zona, que compartía con amigos como Augusto H. Álvarez, quienes como él vieron cómo se deterioraba gradualmente, lo acompañó hasta sus últimos días. El proyecto que presentó era global: trató aspectos de vialidad, restauración de monumentos, reubicación de edificios y soluciones para el comercio ambulante, entre varios puntos. Esta propuesta tenía atrás serias reflexiones, innumerables juntas de vecinos y entrevistas tortuosas con las autoridades.

Creía firmemente en sus propuestas, y a pesar de las dificultades que entrañaban, nunca se dio por vencido. Esta entrega a su ciudad y su vocación por la docencia lo significaron a lo largo de la vida. Por más de cinco décadas fue maestro de composición en nuestra Facultad; la conocía y la amaba, vivía comprometido con ella. Su manera de ser se reflejaba en clase; siempre se involucraba y se entusiasmaba con los proyectos de los alumnos, y así como los alentaba, los reprendía. Sin duda, algunos recordarán cómo se desesperaba ante la apatía; porque para él la entrega a la arquitectura debía ser total, no había punto medio.

A los que estamos aquí nos enlazan sentimientos distintos. A gran parte de nosotros nos reúne el afecto y la admiración, por el padre, el esposo, el amigo, el hermano, el poeta, el académico, el arquitecto o el maestro. A los que no lo conocieron, el interés por saber quién era Jaime Ortiz Monasterio. Todos sabemos que su ausencia es para siempre, pero los que tuvimos el privilegio de conocerlo sabemos que su recuerdo será permanente. ❧

